

cado fué Roma la ciudad de los epigramáticos, pero no por que el gobierno papal protegiera el talento y agudeza de ingenio, sino porque el mismo papa excitaba con su conducta la crítica dentro de los límites permitidos.

No cesó Roma de ser una ciudad del Renacimiento, pero no era ya el centro de este movimiento, que se había trasladado á Florencia, donde en la persona de Lorenzo de Médicis, el Magnífico, había encontrado un nuevo protector entusiasta y poderoso, digno émulo del papa Nicolás V.

No podemos menos de referir aquí un hecho ocurrido en el pontificado de Inocencio VIII y que demuestra hasta dónde llegaba el entusiasmo por la antigüedad en algunos y la indiferencia en otros. Se trata del hallazgo y exhumación de un cadáver del tiempo del antiguo imperio romano. Véase la traducción de una carta en la cual un testigo ocular, Bartolomé Fonte, describió el caso: «Algunos trabajadores, cavando, en busca de mármol, junto á la sexta piedra miliar de la Via Appia, hallaron un sarcófago de mármol y en su interior un cadáver de mujer boca abajo, cubierto con una capa de esencia de olor penetrante y del espesor de dos dedos. Cuando se hubo limpiado, se vió la cara de una jóven, algo pálida como si se hubiese enterrado en aquel mismo día; los labios eran un tanto sonrosados y estaban un poco abiertos, dejando ver dientes pequeños y blancos; las orejas eran pequeñas, la frente baja, las pestañas negras; los ojos, de color oscuro, daban indicio de una gran hermosura; el cabello, negro también, formando un nudo en la nuca, estaba retenido por una red; la nariz estaba bien conservada y tan blanda que cedía bajo la presión de los dedos. Las mejillas, barba, cuello y garganta, parecía que iban á moverse por efecto de la respiración, y los brazos se dejaban mover como si el cuerpo viviese. Todas las demás partes del cuerpo estaban frescas y parecían llenas de vida exuberante; en una palabra el cadáver parecía una de las jóvenes mas nobles y mas bellas de Roma, de la época del mayor esplendor de la ciudad. Habiendo dejado de existir muchos siglos hace esta jóven, ignóranse su nombre, familia y edad. Este cadáver extraordinario fué encontrado el 15 de mayo de 1485 de nuestra era, primer año del pontificado de Inocencio VIII, y trasladado al Capitolio dos días despues por órden de los conservadores de la ciudad y en presencia de una inmensa muchedumbre.»

El autor de esta carta, Bartolomé Fonte, nació en 1445 y tenía de consiguiente 40 años cuando la escribió, de suerte que ya no podía estar dominado por un entusiasmo juvenil, ni tampoco por el entusiasmo romano particularista, porque era natural de Florencia. Era también hombre conocido fuera de Italia por su instrucción, tanto que por su fama de erudito le invitó el rey de Hungría á su corte, y estaba en correspondencia y relación estrecha con los varones mas doctos de su época, entre otros con Guarino. Puede, pues, inferirse cuál debía ser el entusiasmo de los artistas y de las masas ignorantes cuando un hombre tan científico y reposado se dejó extasiar por una cosa tan inverosímil é increíble. Otro escritor de entonces dice acerca de aquel cadáver: «Era tan hermosa que es imposible describirla, y si se dijese ó escribiese, no lo creerían los que no la vieron.»

El papa Inocencio no participó de este entusiasmo; no tenía el sentimiento de lo bello y solía calificar de gentilismo el culto de la antigüedad, por lo cual y para evitar demostraciones gentílicas, hizo enterrar de noche el cadáver ocultamente, dejando el sarcófago vacío en el palacio de los conservadores de la ciudad.

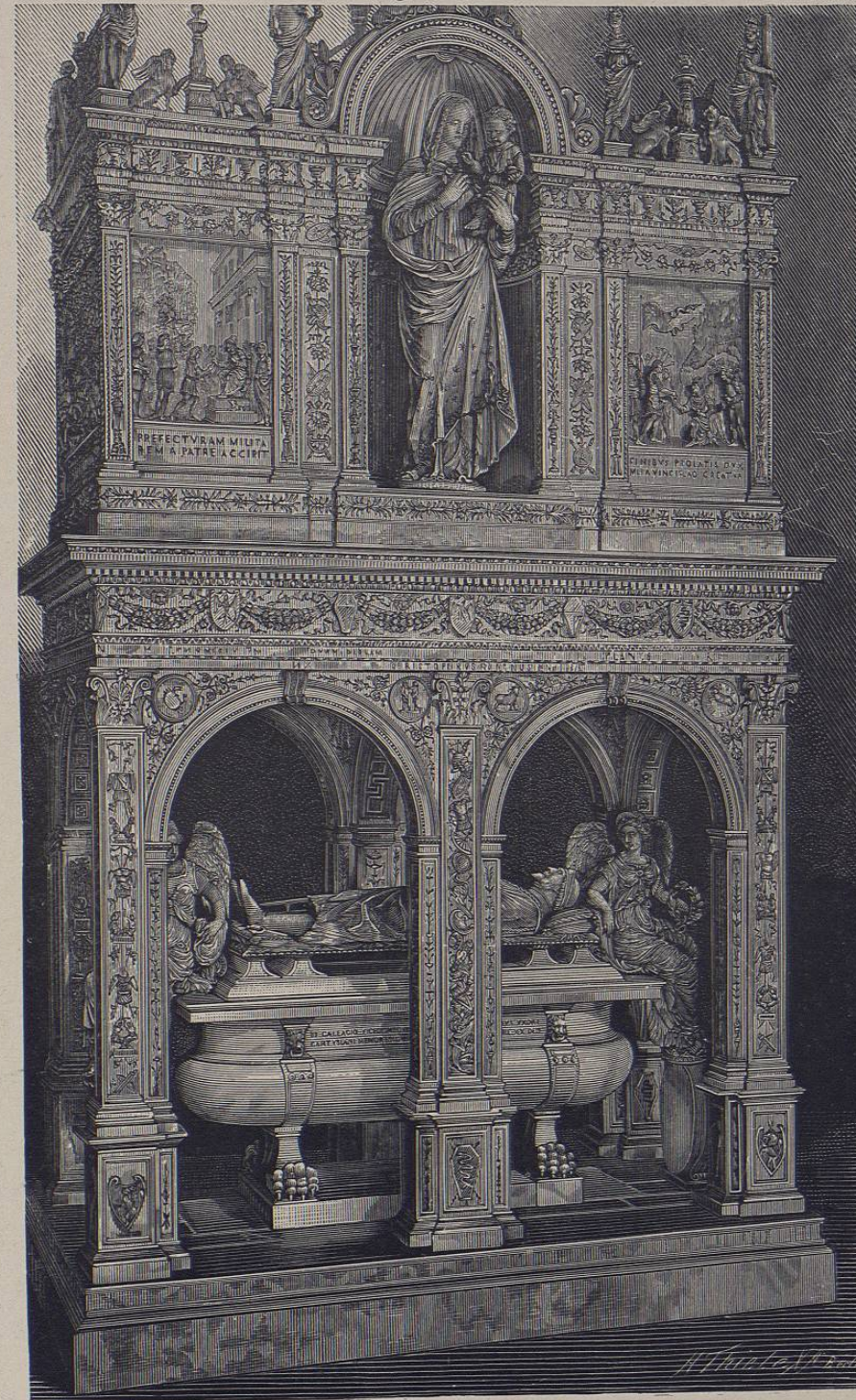
Sobre este suceso dice el maestro de ceremonias Burkhard en su diario: «Lo chocante del caso no es el hecho en sí, sino la preocupación de que aquel cuerpo humano había de

haber sido positivamente mas bello que todos los que viven actualmente, según se creía ver palpablemente en el cadáver descubierto.»

Este entusiasmo indescriptible por la antigüedad distinguió también al eminente literato conocido por Julio Pomponio Leto, que murió en Roma en el año 1498, en el pontificado de Alejandro VI, cuyos cortesanos acompañaron el cadáver del sabio á su última morada. El nombre de Pomponio Leto se lo había dado él, porque en realidad era hijo, bien que ilegítimo, del príncipe de San Severino. Prefiriendo su posición independiente de hombre docto, contestó á su familia, que le instaba á vivir entre los suyos, en los términos siguientes, que han llegado á ser célebres: «Saludo á mis parientes. Lo que deseais no puede ser. Pasadlo bien.» Su amigo y admirador Pedro Marso, en el discurso fúnebre que pronunció en el entierro se esforzó por lavar á su querido maestro de la supuesta mancha de bastardía, cosa que el difunto ciertamente habría desaprobado si hubiera podido. Su afición á la antigüedad le hizo emprender largos viajes á las tierras de Levante para estudiar sobre el terreno la historia antigua. Despues pasó á Sicilia para comprobar la exactitud de las descripciones de Virgilio, y finalmente visitó también la Alemania, pero no con el objeto de satisfacer su deseo de ensanchar sus conocimientos literarios, sino por encargo ó por lo menos con el beneplácito del papa Sixto IV. En ningún punto, sin embargo, estaba tan á gusto como en Roma, donde vivía su maestro Valla, cuyo puesto ocupó posteriormente, pero del cual se diferenció en algunos puntos. Valla era amigo de la vida de palacio, y Pomponio Leto vivía en una casita de campo situada en un eminencia. Cultivaba su huerta, á imitación de los romanos primitivos; se contentaba con poco, y cuando su casa fué saqueada por la soldadesca en la guerra del papa Inocencio contra los Colonna, poco le impresionó la pérdida.

Sin embargo, en los puntos mas importantes se pareció á su maestro, principalmente en sus obras científicas y literarias, y en sus ideas y opiniones religiosas. Ambos varones eran aficionados á la antigüedad; Pomponio Leto fué profesor tan entusiasta que en sus lecciones sobre la Roma antigua y en sus investigaciones sobre los restos de la ciudad comunicó su entusiasmo á sus discípulos y fué causa de que muchos restos de la grandeza pasada se salvaran de la ruina definitiva que les estaba preparada. También promovió y auxilió la representación de dramas romanos, con lo cual contribuyó á satisfacer el deseo de un recreo honesto y á despertar la afición á la poesía dramática. Con sus colecciones de monedas antiguas contribuyó á excitar la emulación para imitarle, bien que es difícil absolverle de la acusación de haberse dejado llevar de su pasión de anticuario hasta el punto de falsificar monedas é inscripciones.

Las ideas religiosas eran las del filósofo, no las del cristiano devoto, y si, como dijo Marso en su elogio fúnebre, solía adorar con sus discípulos la imagen de una Virgen que había en el monte Quirinal, y si recibió con devoción profunda los últimos sacramentos antes de morir, no eran estas pruebas de que fuese un creyente convencido. Verdad es que tampoco tenemos pruebas de lo contrario. Solía celebrar con sus amigos y adeptos el día de la fundación de Roma, cosa que nada tenía de particular en una época en que todas las cabezas de las clases ilustradas estaban llenas de recuerdos del glorioso imperio romano, y ciertamente no era mas criminal que la celebración del aniversario del nacimiento de Platon, que cada año disponía con toda solemnidad la academia de Florencia, aunque un celoso autor católico, Rafael Volterra, dijera entonces que era este el primer paso para abolir la fe cristiana (*initium abolenda fidei*). El hecho es que si Pompo-



Sepulcro de Juan Galeazzo Visconti hecho por Galeazzo Pellegrini en la Cartuja de Pavia